

FERNANDO VÁZQUEZ OCAÑA

# ELOGIO DE ANDALUCÍA

CONFERENCIA IMPARTIDA EL 6 DE MAYO DE 1943  
EN EL CENTRO ANDALUZ DE MÉXICO





FERNANDO VÁZQUEZ OCAÑA

# ELOGIO DE ANDALUCÍA

CONFERENCIA IMPARTIDA EL 6 DE MAYO DE 1943  
EN EL CENTRO ANDALUZ DE MÉXICO

PRÓLOGO Y BREVE SEMBLANZA  
POR FRANCISCO EXPÓSITO EXTREMEIRA

BAENA  
MMXV

## Prólogo

**E**ste breve cuaderno que ahora edita el Grupo Cultural Amador de los Ríos fue parte de la documentación incluida en el volumen elaborado por Francisco Expósito con motivo de la defensa de su tesis doctoral que, bajo el título de «El artículo político en Fernando Vázquez Ocaña durante su etapa en Córdoba (1930-1934)», presentó en la Universidad de Sevilla el 9 de junio de 2015, obteniendo la calificación de Sobresaliente cum Laude. El texto, facilitado por la familia del periodista baenense, ha permanecido inédito desde que Vázquez Ocaña lo pronunciara el 6 de mayo de 1943 en el Centro Andaluz de México, donde ocupaba la presidencia de la Comisión de Cultura.

En esta conferencia que reproducimos aborda la historia de Andalucía, sus monumentos y grandes intelectuales desde una visión laudatoria, alejada de divisiones, aunque hará una defensa de la unidad de España frente a las corrientes separatistas que surgieron en la Segunda República en algunas comunidades. Vázquez Ocaña se encuentra residiendo en México DF, colaborando en distintas publicaciones que le dan poco para vivir, y teniendo que mantener a siete hijos. Además, su distanciamiento de Indalecio Prieto, enemigo en el exilio de Juan Negrín, tampoco le ayudará. El periodista no dejará de colaborar en proyectos, comenzará a escribir breves biografías para la editorial Grijalbo y se convertirá en secretario del ingeniero cordobés Máximo Muñoz, que también se distanció políticamente de Indalecio Prieto.

Hemos querido enriquecer el documento con una concisa semblanza biográfica, en la que describimos la trayectoria vital y profesional del periodista. Vázquez Ocaña es uno de los intelectuales cordobeses más destacados de la primera mitad del siglo XX y uno de los grandes periodistas andaluces, no sólo por la calidad de sus artículos y evolución, sino también por la importancia que adquirió durante su etapa en Córdoba y, sobre todo, con su marcha a Madrid. Allí, convertido en uno de los más cercanos hombres a Juan Negrín, vincularía su futuro al del científico y político socialista. Vázquez Ocaña fue director de *La Vanguardia*, antes de exiliarse, y de la edición mexicana de *El Socialista*. Además, fue portavoz del último gobierno republicano al asumir Juan Negrín la presidencia del consejo de ministros.

Con la edición de este cuaderno, el Grupo Cultural Amador de los Ríos inicia los actos para conmemorar el 50 aniversario del fallecimiento de Fernando Vázquez Ocaña, que tendrá lugar en 2016.



El periodista Fernando Vázquez Ocaña en una fotografía de los años treinta, antes de su exilio.

## Breve semblanza

**F**ernando Vázquez Ocaña (Baena, 1898-México DF, 1966) abandonaba España en febrero de 1939. Comenzaba así el olvido del periodista y el político, su desaparición de la historia de España durante la dictadura. Su figura permaneció en el anonimato durante cincuenta años, a pesar de que fue diputado a Cortes en 1933, se convirtió en portavoz del Gobierno de Negrín o director de periódicos como *La Vanguardia* o *El Socialista* (edición de México). Detrás de Vázquez Ocaña había una brillante trayectoria periodística y profesional que estuvo marcada por desagradables acontecimientos como la muerte de su esposa, con 37 años, el reparto de sus ocho hijos entre familias belgas, su exilio en 1939 y la imposibilidad de volver a España.

Nació el 30 de abril de 1898 en Baena, una antigua villa cordobesa que había perdido el protagonismo de siglos anteriores y que tenía como fuente principal de su economía la agricultura. Su partida de nacimiento así lo indica: «Que dicho niño nació en la casa de sus padres el día treinta de abril, último, a las once de su noche. Que es hijo legítimo de Antonio Vázquez y de su mujer Josefa Ocaña, naturales de esta villa, que es nieto por línea paterna de Antonio y de Carmen Moreno, por la materna de Fernando y de Trinidad Pozo. Y que al expresado niño se le había puesto por nombre Fernando...».

Fernando fue una persona que pronto destacaría por sus capacidades y su inquietud intelectual. «Los maestros lo notaban. Le

daban clases especiales, le regalaban libros de poesías. Se fue cultivando mucho, conocía mucho de literatura. El francés nunca lo habló bien, pero leía mucho en francés y conocía la literatura francesa muy bien», afirma su hijo Fernando. En un artículo, su amigo Ángel López Obrero define a Vázquez Ocaña como una persona de enorme cultura autodidacta y gran inteligencia<sup>1</sup>. Su marcha de Baena a Córdoba se tuvo que producir a finales de 1919 o principios de 1920. En Baena nacerían dos de sus hijos (María y Fernando), mientras que los otros seis vieron su primera luz en Córdoba.

En Córdoba lo vemos trabajar de oficinista tras abandonar la carpintería familiar. Su entrada en el *Diario Liberal* se tuvo que producir en el último semestre de 1919, pues a principios de 1920 ya hay artículos firmados por Vázquez Ocaña y no aparece ninguno en el primer semestre de 1919. La abundante prole de la que se rodeó le obligó a desarrollar múltiples actividades para mantenerla, colaborando en varios medios al mismo tiempo, como ilustrador y caricaturista. Tras entrar en el *Diario Liberal*, donde se mantuvo hasta 1930, firmaría también sus artículos en el *Diario de Córdoba* y en otras publicaciones como *Andalucía Ilustrada*, *Revista Popular* o *Sol de Andalucía*, en la década de los años veinte.

## ELECCIÓN COMO DIPUTADO

La politización de Fernando Vázquez Ocaña no se puede detectar fácilmente en sus primeros años como periodista en el *Diario Liberal* o *Diario de Córdoba*, pese a que, como reconocía su hijo Fernando, su padre mantuvo desde joven principios anarquistas que luego derivaron en el socialismo. Su primer acto público contra la Dictadura se

---

1 Artículo de Ángel López Obrero publicado en el suplemento cultural «Cuadernos del Sur», de *Diario Córdoba*, el 14 de junio de 1990.



produjo en el año 1930 cuando, junto a Joaquín García Hidalgo, Antonio Hidalgo Cabrera y Enrique Moreno, rechazaron la rotulación de una calle para José Cruz Conde.

Su participación en la fundación y dirección de la revista *Política* y después, como redactor jefe, en el periódico del mismo nombre, y en la fundación y dirección del diario *El Sur* le llevaron a involucrarse en la política y comenzó a relacionarse con el Partido Socialista. El PSOE lo eligió como candidato a diputado en el Congreso de Agrupaciones Socialistas que celebró el partido el 29 de octubre de 1933. Las elecciones generales tuvieron lugar el 19 de noviembre, aunque hubo que celebrarse una segunda vuelta al no conseguir los candidatos los respaldos suficientes. La segunda vuelta se celebró el 3 de diciembre. Fernando Vázquez Ocaña consiguió 82.231 votos, resultando elegido en el último lugar de los 13 diputados que consiguieron acta. El alta de Fernando Vázquez en el registro del Congreso de los Diputados se produjo el 12 de diciembre de 1933. Vázquez Ocaña fue diputado durante la legislatura 1933-1935, produciéndose su baja el 7 de enero de 1936<sup>2</sup>.

Durante el periodo en que fue diputado, Fernando Vázquez Ocaña mantuvo su residencia en Córdoba (Maese Luis, 22) y no sería hasta el año 1935 cuando aparece con residencia en Madrid. Vázquez Ocaña seguirá publicando artículos en el diario *El Sur*, continuando con la dirección hasta su desaparición en octubre de 1934. Como consecuencia de sus críticas al Gobierno o a distintos representantes públicos, en varias ocasiones trataron de que declarara por delitos por injurias o contra la ley de prensa, aunque su inmunidad parlamentaria paralizaba las iniciativas que se adoptaron contra él.

---

2 Archivo del Congreso de los Diputados. Histórico de Diputados 1810-1977.

## LA RELACIÓN CON FEDERICO GARCÍA LORCA

Sus inquietudes culturales y la labor periodística en el *Diario Liberal* y *Diario de Córdoba*, pero también en otras publicaciones como *Andalucía* o *Revista Popular*, en las que fue redactor jefe, lo relacionaron con el mundo de los poetas y los pintores. Él quiso ser poeta, pero, como dirá su hija Carmen, la poesía no alimentaba a la familia: «Pero yo creo que la verdadera pasión de mi padre era la poesía, y tuvo que renunciar a ella porque se casó muy joven y la poesía no suele alimentar a familias numerosas. En una carta dirigida a Neruda en París le habla nostálgicamente ‘de poeta a poeta’, de su ‘atroz oficio’ de periodista político, y le incluye uno de los poemas de su libro *La Sierra Morena*, del cual no quedan trazas. Lo que sí conservamos son algunas hojas de papel con membrete oficial de las Cortes Españolas cubiertas con bosquejos de poemas: el diputado socialista por Córdoba se escapaba del tedio de algunas sesiones probablemente plúmbeas por la puerta cerrada de la poesía»<sup>3</sup>.

Algunos de los artistas más importantes de la primera mitad del siglo XX se relacionaron con Vázquez Ocaña. Entre estos nos encontramos con Federico García Lorca, con el que estuvo, al menos, en dos ocasiones en Córdoba<sup>4</sup>, además de las distintas ocasiones que se pudieron encontrar en Madrid. Así, en 1934, acompañaría al autor de *Poeta en Nueva York* durante una visita que hizo a la ciudad califal, junto a otros periodistas e intelectuales. Este encuentro coincidió con una reunión de poetas, entre los que figuraban Garfías, Lorca, Aleixandre,

3 «Un periodista de Córdoba» en *Diario Córdoba*. El artículo es de Antonio Ramos Espejo y apareció en el suplemento «Cuadernos del Sur», publicado el 14 de junio de 1990, dedicado a Fernando Vázquez Ocaña.

4 RAMOS ESPEJO, Antonio: «García Lorca en Córdoba». Obra conmemorativa del centenario del nacimiento de Federico García Lorca, editada por *Diario Córdoba* y el patrocinio de la Fundación Enresa. Córdoba, 1998.

Rejano, Prados y Altolaguirre. Todos estuvieron en la sede del periódico *El Sur*, según indicó su hija Carmen Vázquez Jiménez. El otro encuentro llegaría en agosto de 1935, como recoge Vázquez Ocaña en su libro biográfico sobre García Lorca. Entonces se celebraba el tercer centenario de la muerte de Lope de Vega y viajaron a Fuente Obejuna el día 24 de agosto para asistir a la representación de *Fuenteovejuna*, obra interpretada por Margarita Xirgu. La jornada siguiente, el periodista baenense, junto a otros amigos de la ciudad, acompañó a García Lorca por Córdoba, tal y como relataría en el libro *García Lorca. Vida, cántico y muerte*<sup>5</sup>. Alguna de las anécdotas publicadas por Vázquez Ocaña las citaría Ian Gibson, que calificó al periodista baenense como uno de los primeros biógrafos del poeta universal.

## LA GUERRA CIVIL

La trayectoria de Fernando Vázquez Ocaña durante la guerra civil va a estar estrechamente ligada a la de Juan Negrín, con el que iniciará una amistad que mantendrá después en el exilio y que se traducirá en la defensa del ex presidente del último Gobierno republicano cuando fue duramente criticado por representantes de su propio partido. Esa relación la dejó ver en algunos artículos publicados en México y la reafirmaron también los hijos del periodista baenense. Su primer contacto con Negrín se produjo en los primeros años de la República. Durante su etapa como diputado en Madrid, Fernando Vázquez Ocaña inició sus colaboraciones en el periódico *El Socialista*, dirigido por el que se convertiría en otro de sus grandes amigos durante la Guerra Civil, Julián Zugazagoitia. Fernando Vázquez llegó a ser redactor jefe en *El Socialista*.

---

5 VÁZQUEZ OCAÑA, Fernando: *García Lorca. Vida, cántico y muerte*. Biografías Gadesa. Editorial Grijalbo. México DF, 1957.

Fernando Vázquez Ocaña estrechó su relación con Juan Negrín desde el comienzo de la Guerra Civil. Primero fue nombrado secretario y jefe de prensa del Ministerio de Hacienda, entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, al que «ayudaba a los secretarios de Negrín en ocupaciones de extraordinaria confianza», según escribió Zugazagotia. Después, fue jefe de prensa de la presidencia del Consejo de Ministros, entre mayo de 1937 y abril de 1939. El 22 de junio de 1937, Fernando Vázquez Ocaña fue propuesto para dirigir el periódico *El Mercantil Valenciano*, aunque finalmente no llegó a asumir esta responsabilidad. Si Valencia supuso su consideración como uno de los hombres de mayor cercanía a Juan Negrín, Barcelona se convertiría en uno de los lugares en los que el periodista baenense más sufrió al producirse la muerte de su esposa, pero también por la necesidad de enviar a sus ocho hijos con familias belgas ante la imposibilidad de ocuparse de ellos por las múltiples tareas de gobierno que tenía encomendadas. Bajo su control estaban cuatro diarios: *La Vanguardia*, *El Diluvio*, *La Noche* y *El Día Gráfico*. El periodista baenense reunió en *La Vanguardia* a los más destacados escritores de la época.

Vázquez Ocaña se mantuvo en España hasta que el Gobierno de Negrín salió del país al extenderse la ofensiva del ejército franquista sobre Cataluña. Así lo podemos ver en un salvoconducto en el que se autoriza al periodista baenense a marchar a Figueras, el último destino del Gobierno republicano, firmado el 23 de enero de 1939 por José Prat García, subsecretario de la presidencia del Consejo de Ministros. El 18 de enero de 1939, el Consejo de Ministros acuerda proclamar el estado de guerra, dos años y medio después de iniciarse. El 26 de enero se produce la caída de Barcelona. El Gobierno se traslada a Figueras. El 1 de febrero se reunieron las Cortes en el castillo de este municipio, al que asistieron 64 diputados.

Vázquez Ocaña recordará aquellos últimos momentos del Gobierno republicano en España. El apoyo que tuvo el movimiento

nacional de los gobiernos fascistas de Alemania e Italia. La triste decisión de abandonar Barcelona y los ríos de personas que huyeron hacia la frontera: «El último capítulo es triste. A medida que las fuerzas enemigas, superabundantemente recobradas (Hitler y Mussolini tenían prisa y Chamberlain ansiaba que cuanto antes y como fuera se apagase el volcán español) desencadenaban su ofensiva, la fatiga de los republicanos hacía sentir sus efectos. (...) Sin embargo, los ministerios y una parte de la población civil, acuciada por el terror, evacuaron con orden. El terrible éxodo hacia el norte, como el de la población malagueña hacia el este, fue una riada alucinante, bajo la metralla de la aviación franquista. Los caminos y carreteras quedaron sembrados de pobres cadáveres, de vehículos rotos, de bagajes indescriptibles. Las fuerzas de Carabineros, de solera socialista, realizaron su último gran servicio, desembarazando las rutas y evitando una acumulación, que hubiera tenido consecuencias horribles»<sup>6</sup>. La salida de Negrín, que acompañaba a Manuel Azaña, se produjo el 5 de febrero.

Fernando Vázquez Ocaña fue uno de los casi medio millón de españoles que tuvieron que exiliarse durante la guerra civil a Francia, el principal destino de la emigración política española. En estas mismas circunstancias se encontraron escritores como Ramón J. Sender, Max Aub, Juan Rejano o Manuel Andújar; pintores como Antonio Rodríguez Luna, Aurelio Arteta o Enrique Climent; filósofos como Joaquín Xirau, Juan David García Bacca o Juan Roura.

En París dedicó parte de su tiempo a la redacción y publicación de su libro *Pasión y muerte de la Segunda República española*, un valioso documento, a poco de la derrota del gobierno republicano, en el que analiza las causas y consecuencias del alzamiento nacional y en el que advierte del crucial momento en el que se encuentran las

---

6 VÁZQUEZ OCAÑA, Fernando, op. cit, pág. 119.

democracias europeas ante el auge de los totalitarismos. En París se reunieron los siete hijos que pudieron llegar a la capital gala: Josefina, Angelita, María, Fernando, Eduardo, Carmen y Dolores, mientras que Rafael quedó en Bruselas y no lo volvería a ver hasta 25 años después.

## MÉXICO

El 16 de junio de 1940, 513 exiliados españoles salieron del puerto de Burdeos con dirección a América en el barco Cuba. Entre los pasajeros se encontraba Vázquez Ocaña y siete de sus hijos. La travesía, primero en el Cuba y después en el Santo Domingo, duró 41 días. El 26 de julio de 1940 el barco atracó en Veracruz. Se ponía fin a una travesía que se convirtió en la esperanza de los últimos republicanos que pudieron abandonar Francia.

Casi sin deshacer las maletas, la inquietud y la necesidad llevan a Vázquez Ocaña a escribir y colaborar en distintos medios de comunicación, una actividad con la que mantuvo a toda su familia, aunque no sin dificultades.

Vázquez Ocaña participó del gran ambiente cultural que surgió en México DF en torno a los exiliados republicanos. El periodista baenense perteneció al Círculo Jaime Vera y a la Agrupación Profesional de Periodistas y Escritores Españoles Exiliados, dirigió la agencia España y la edición mexicana del periódico *El Socialista* (entre 1942 y 1951) y *República Española*. En México, escribió durante varios años en la revista *Hoy*, también en *El Nacional* y en *Uno*, fue director de redacción de *El Imparcial*, fundador de la revista *Higiene y Seguridad* o subdirector de *La Semana Ilustrada*. Escribe artículos, dirige revistas, funda publicaciones, hace guiones cinematográficos, publica biografías cortas e imparte conferencias.

En México publicaría dos libros biográficos que llevan su firma y colaboraría en otros de la editorial Grijalbo aportando la introducción

o el epílogo. El primero de ellos fue *Margarita y Townsend. El romance de la renunciación*, editado en 1956 y que lleva la siguiente dedicatoria: «Me inclino a creer que mis hijos, los ocho picos de mi estrella, a quienes dedico este libro, no se pondrán de acuerdo al juzgar los motivos que puede aducir un materialista dialéctico para escribir una biografía romántica. Pero quienes, como yo, hayan alcanzado la época en que todavía se usaban el sombrero, el bastón y los botines, o sea cuando Don Juan no andaba en mangas de camisa ni doña Inés se paseaba en shorts, excusarán mi simpatía residual hacia ciertos personajes de un mundo condenado a desaparecer». Un año después apareció *García Lorca. Vida, cántico y muerte*, que tendría otra edición en 1962. Para Grijalbo publicaría también numerosas breves biografías de personajes universales.

## EL FALLECIMIENTO

El 29 de septiembre de 1966 murió Fernando Vázquez Ocaña, a la edad de 68 años, tras sufrir un infarto de miocardio. Con Fernando Vázquez Ocaña estamos ante uno de los grandes intelectuales cordobeses del siglo XX, uno de sus principales periodistas. Ante una persona que fue fiel a sus ideas y a la república democrática. Que luchó por mantener unida a su abundante familia. Además, nos encontramos ante un gran defensor de la libertad, esa libertad que le fue arrebatada a su país y que le impidió volver. Pero Fernando no pudo regresar, retornar a las tierras cultivadas de cultura de su España. Seguro que soñó muchos días, muchos meses, muchos años con escuchar los gorriones o pasear entre olivos centenarios de su Córdoba alejada. Se acordaría de Julián Zugazagoitia, asesinado en España, aunque, no lo olvidemos, reconoció y agradeció el gran recibimiento que le dio el pueblo mexicano.



La ilustración reproduce un pequeño cuadro del pintor Carlos Ruano Llopis, que poseía Fernando Vázquez Ocaña en su exilio de México y cuya fotografía nos ha facilitado su nieta, Josefina Fernández Vázquez.



INAUGURACIÓN DEL CICLO DE ACTOS DE CULTURA DEL CENTRO ANDALUZ

*Elogio de Andalucía*

POR FERNANDO VÁZQUEZ OCAÑA,  
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE CULTURA DEL  
CENTRO ANDALUZ DE MÉXICO DE

6 DE MAYO DEL AÑO 1943



**S**EÑORES INVITADOS/SEÑORES SOCIOS: El Centro Andaluz inicia hoy su programa de actos culturales y como presidente de la Comisión de Cultura, no por mis parvos méritos, he de pronunciar unas palabras referentes a nuestros propósitos. Por el prospecto anunciador de estos actos habrán quedado informados los señores socios, y cuantas personas muestran afición a nuestras cosas, de los rasgos generales de nuestra idea. La junta directiva ha aprobado un cuadro de temas y ni que decir tiene que no están en él cuantos serían necesarios para una suficiente evocación sentimental e histórica de Andalucía. Hemos tenido que ser frugales ya que por fiel y amorosa que sea nuestra mente no bastarían un año ni dos para degustar todos los valores característicos de la tierra de las noches perfumadas, a la que quisiéramos alzar, como una rara gema, entre los dedos, para que mostrase de una vez sus limpias facetas, sus puras escintilaciones, sus mágicas luces.

Hemos de hacer también una afirmación previa: la de que el espíritu que preside esta tribuna no se verá empañado por resabios políticos ni, mucho menos, manifestará tendencias diferencialistas o

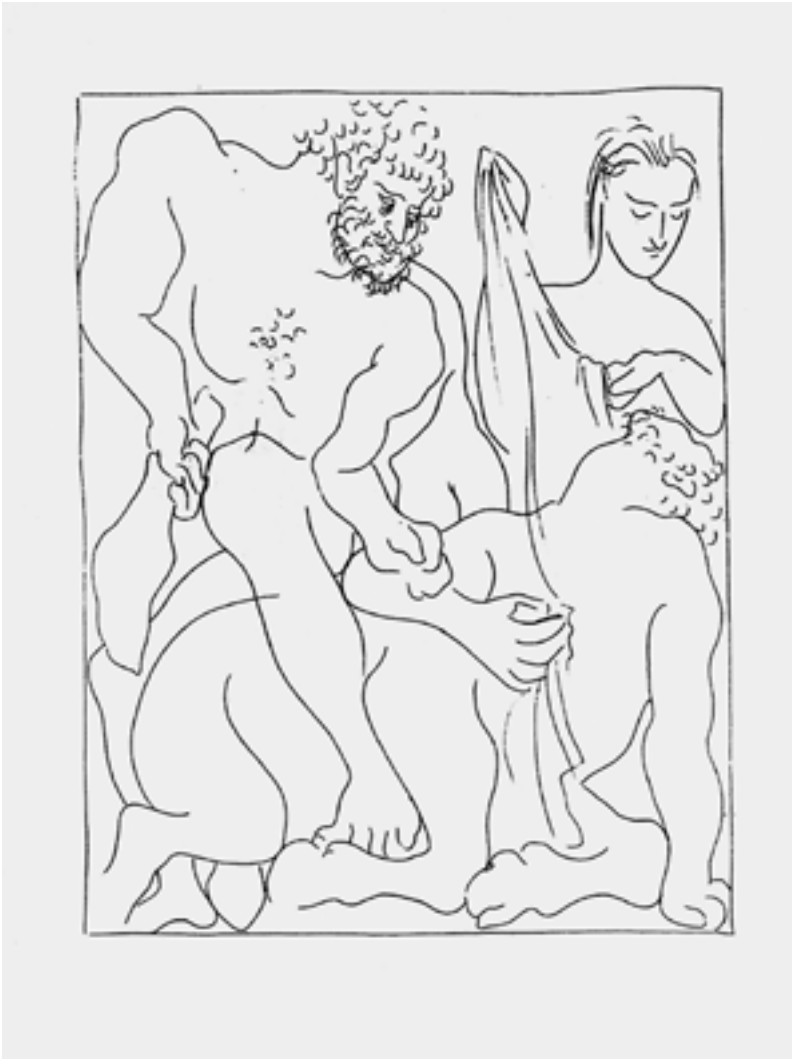
instintos centrífugos respecto a la unidad española. Y ello por la sencilla razón de que es ajeno a Andalucía a su naturaleza política cuanto signifique desafección al destino y a la obra de España: aprovechamos, por lo tanto, esta oportunidad para lamentar el énfasis agresivo que los gonfaloneros de otras regiones españolas prestan a sus ideales de autonomía, comprometiendo no solo los requisitos de la reconstrucción de la gran patria común, sino hasta la misma legitimidad de sus concepciones políticas, al elevarlas de rango sin el menor respeto al interés general de España. Ni siquiera pueden aducir que las experiencias del mundo actual los apoyan, puesto que la lección profunda de la tremenda guerra que enluta a la tierra es que los nacionalismos herméticos hacen imposible la convivencia entre los pueblos, siendo presumible que para asegurarles la paz haya que federarlos y entrecomunicarlos política y económicamente. Es decir, que lo importante no es nacionalizar sino desnacionalizar los Estados y sustituir la idea de que un Estado es un imperio en sí mismo, igual a Dios, por la de que debe ser una provincia en un universo social-económico.

Por fortuna, el modo de ser de Andalucía rebasa el angosto concepto nacionalista, por la virtud de una generosa filosofía de la vida. Nos resulta enojoso hacer de la existencia un problema de geometría. El mundo es interesante por cuanto está compuesto de varias y libres gentes. Y en ese mundo el tiempo mismo es una anécdota. Nadie como nosotros los andaluces sabe saborear el pasar de los días y el pasar de la gente. O lo que es lo mismo, el pasar de las naciones. Esta actitud demuestra, por lo pronto, que Andalucía es inmune al enquistamiento de una mínima situación nacional. Abierta a la inmensa planicie histórica, su sensibilidad no tolera los setos fronterizos. Y justamente por eso ha contribuido a la formación de la personalidad española, introduciendo en ella el sentimiento de lo universal no

como elemento de conflictos a la manera de San Ignacio de Loyola, sino como elemento de conciliación, al estilo de Osio.

Los vascos suelen decir «que no descienden de nadie», aludiendo a su autoctonía, a su linaje señero. No caen en que así contradicen una ley biológica. Lo que no desciende ni se cruza, lo estacando, fenecce. Nada existe más anticientífico que el racismo al pretender la selección de un tipo humano dado sin un previo entrecruzamiento de otros tipos bien dotados. Cuando el cambio de semen no se ha producido, o ha quedado en suspenso durante muchas generaciones, se ha dado un salto atrás, hacia la endogamia, y entonces la raza degenera y se va extinguiendo, como los lacandones. El mismo argumento de la subsistencia de las lenguas vernáculos sirve de apoyo a la biología, porque la palabra acompaña a la sangre. En toda decantación racial la sangre dominante es seguida por la lengua dominante. A lenguas muertas corresponden razas y culturas periclitadas y tan es así que para presumir los alemanes de raza han tenido que echar mano de un concepto estrictamente filológico, como es el del arianismo, que fue empleado por primera vez para denominar una corriente de idiomas afines indoeuropeos, los cuales bañaron la heterogénea gestación de numerosas familias humanas. Una deducción inversa de lo anteriormente expuesto es que los idiomas primarios que aún persisten, como el euskaro, lo deben a la posibilidad de su cultivo en un elemento étnico que no les es de ninguna manera hostil y que, incluso, propicia, dentro de lo que permite la ley de la absorción y el entrecruzamiento de las lenguas y las sangres, la pervivencia de unos caracteres que solo dejarán de declinar a condición de que se conjuguen y mezclen.

Los andaluces, por cuanto antecede, sí descendemos. Nuestro ser es un corimbo de refinadas culturas. Y siendo nuestra noción del mundo amplísima, universal, hemos llegado a modular la lengua romance con una suavidad prosódica y una cadencia que llevan



Picasso, *Hércules da muerte al centauro Neso*, 1930. Aguafuerte.

implícitos los acentos tónicos del griego, la elegante precisión del latín y las aspiraciones de los idiomas semíticos. Búsquese el secreto de nuestras delgadas «ss», de nuestras «zz» rozagantes, de nuestras líquidas «jj», de nuestras «hh» suspiradas, de nuestras «ee» someras y finas en el ánfora donde la renovada sangre diluyó las asperezas de las voces antiguas para hacerlas gratas al oído universal. Por cierto, que un ingenio hablándonos un día de las peculiaridades de nuestro español, nos decía: «Ustedes los andaluces son los verdaderos inventores de la teoría de la relatividad. Porque saben establecer dentro de lo que no se puede medir valores cuantitativos. Por ejemplo, un castellano o un francés o un alemán dicen ‘más allá’ y saben que solo han dado una idea aproximada de distancia. Pero ustedes, los andaluces, tienen algo mejor, el ‘más allaiya’. Y cuando quieren consolar al que todavía ha de caminar una legua para alcanzar su destino, le aseguran que lo que le queda por andar es una ‘legüiia’, que lo mismo puede tener tres que seis kilómetros».

Andalucía está agradecida a todos los pueblos que discurrieron por sus agros. Tierra feraz había de atraer indistintamente a las tribus laboriosas y a las tribus sensuales. Sus huertos adiestraron el beso y sus montañas el músculo. Nuestro litoral guarda memoria de los mitos hercúleos y más allá de las columnas que constituían el pórtico de las tinieblas marítimas Ulises y los argonautas solo divisaban la desesperanza. ¿Cuáles fueron las primeras tiendas que creó la brisa del Guadalquivir? ¿Pertenecieron a los atlantes o a los tartessos? Lo evidente es que nuestro limo encierra los legados sucesivos del Mar de la Civilización. Trotó el Minotauro –y de ello da fe el culto ancestral de la tauromaquia– por la campiña y los egipanes dedicaron sus laudes a Dyonisos bajo los viñedos. Roma nos llenó de mármoles y, a cambio de ello, las bailarinas de Gades deleitaron a los césares, y nuestros filósofos y poetas dieron prez a la latinidad.

Aquí llegamos a la orilla del propósito central de esta disertación: la cultura de Andalucía. El exceso de fama, en el orden de lo pintoresco, del costumbrismo, nos ha dañado mucho a los andaluces. Nuestro país fue una de las parcelas elegidas por el romanticismo para el cultivo intensivo de tópicos. La andaluza tenía que ser Carmen y el andaluz un contrabandista valiente o un señorito gastoso. Se nos tildó de indolentes, al extremo de creerse que para mover una mano para algún quehacer teníamos que tratarla primero de usía. En resumen, se tomó una parte mínima de la verdad por la verdad misma. ¿Cómo demostrar que el andaluz cabal no es siempre el que dispara donaires en las aceras de la calle de la Sierpe? ¿Que es más bien que un ente chispeante un ser grave y con frecuencia melancólico? Laborioso, como lo prueba el desarrollo de su artesanía y de sus industrias todas nobles; duro en el trabajo hasta lo inconcebible, porque solo hombres de hierro pueden realizar las faenas de la siega bajo el fuego derretido de aquel sol de agosto; y, sobre todo, espíritu despierto y fino, sedimentado por la aportación de las más perfectas culturas que bordearon el Mediterráneo. El andaluz se puede decir que representa un punto de equilibrio en la civilización, como lo representó el griego de la época platónica y el francés del siglo XVII. Su característica es saber rodearse de valores llenos de gracia y mirar las cosas por el lado del señorío. No es hecho sin importancia el de que los ingleses, pueblo altanero si los hay, se sientan atraídos por Andalucía y suelen casar sus mayorazgos con las hijas de una tierra donde nadie baja los ojos como no sea para mirar los pies de las mujeres. Es que Andalucía tiene «ángel». ¿Y qué es el «ángel»? Una cualidad inefable, expresión de una copiosa cultura. Definiremos al «ángel» con dos anécdotas, una referida a la gracia y la otra a la prestancia de lo andaluz. Dos políticos españoles, de muchas arrobas, coinciden en Sevilla en la casa de un tercero –llamémoslos por sus nombres: Indalecio Prieto, Pedro



Rico y Rodríguez de la Borbolla—. Deciden ir a pasear por la mañana entre las rosaledas del Parque de María Luisa y se sientan en un banco para reposar. En esto pasa delante de ellos una viejecita enlutada, la cual vuelve la cabeza de vez en cuando, mientras una risita sospechosa ilumina sus arrugas. Indalecio Prieto, movido por su carácter malicioso, pensó quedarse con la anciana y le dijo:

—Qué, buena señora, ¿no ha visto usted nunca a tres gordos juntos?

A lo que le repuso la andaluza rápidamente mientras se alejaba:

—De balde, no señor.

La otra anécdota ha sido referida por el Conde de Keyserling, el maestro de la Escuela de Filosofía, en uno de sus libros. El duque de Alba lo invitó a visitar sus cortijos de Andalucía. Una tarde se acercaron a las siembras e interpelaron a uno de los peones. Este, alto, enjuto, derecho, se acercó al aristócrata y al filósofo y entabló conversación con ellos. Keyserling analizaba la prestancia del gañán, la sencillez de sus réplicas, su hermosa y misteriosa naturalidad y extrajo este comentario: «En presencia de aquel diálogo que ponía a la par, sin que mediara afectación, al amo y al criado, hubo un momento en que no supe quién era el duque y quién el campesino».

¿Pueden producirse estas categorías sin la existencia de una cultura aquilatada? Olvídase frecuentemente que Andalucía fue lugar de preferencia para las grandes obras de la civilización. No hablemos, por ser imprecisos los datos que poseemos, sobre los aborígenes, en los que ya habría los rasgos diferenciales que proceden de una naturaleza frutecida y sonriente. Pasemos junto a sus riberas, con las navas de Tiro y de Cartago, con los trirremes griegos y latinos, mirando hacia los templos paganos y hacia las factorías de la plata y el cobre y viendo prosperar los mitos y el comercio.



Escultura thoracata de Torreparedones, hacia la 2ª mitad del siglo I d. C. Mármol. Museo Histórico y Arqueológico de Baena.

Es el mundo romano el que nos atrae, ese mundo romano cuyas gigantescas empresas han sido siempre envidiadas, pero jamás emuladas por la germanidad, ni cuando fue ostrogoda y visigoda, con Hermanarico y Alarico, pronto barridos por los hunos; ni cuando era Sacro Romano Imperio en la Edad Media; ni cuando ha sido prusianismo y racismo, con Federico, Bismarck y toda la escuela histórica, desde Herder y Fichte al renegado Gobineau. El cambio brusco de la civilización que imprimieron los hombres de la Gothia, mezclados pronto a los teutones y los fineses para asolar la romanidad, no contuvo nunca los elementos de unidad y permanencia tomados por Roma al humanismo helénico. El «jus gentium» y la ley natural aún no se habían desarrollado plenamente en el derecho romano, pero ya existía el derecho civil y los dioses latinos no exigían como sus colegas nórdicos tributos de sangre y de ruinas. Del hombre de cabeza cuadrada, oráculo de una humanidad escalonada que ascendía desde el pobre negro de África a los sublimes salchicheros de Frankfort, no podía esperarse otra mayéutica que la del numen-Hitler, pese al poderoso artificio filosófico que preparó la anunciación.

Pues bien, Roma funda en Andalucía su colonia patricia y no en balde se disputa en los campos de Munda la discrepancia capital entre Julio César y Pompeyo el Grande, que marca la transición del Triunvirato al Imperio. La Bética había asumido el orden romano intensamente y sin dificultad, favorecida por su anterior capacitación grecolatina. Acaso Julio César, pretor en España, al comprobar la virtualidad de este proceso sintiose invitado a decidir en aquella próspera colonia el destino del Imperio. El resultado para Andalucía fue familiarizarse con el sentido de lo universal, alojado en el genio de Roma. Nuestro país había sido y era una de las encrucijadas más concurridas de la Europa meridional, cultivada y traficante. Por eso fue fácil erigir en ella un orden ecuménico que ya había presagiado.

Andalucía está sembrada de testimonios de esta edificación. No hablemos ya de la Córdoba de Claudio Marcelo, el perfecto gobernante, ni de Itálica o Mérida –geográficamente andaluza–, con sus anfiteatros, sus templos, sus puentes, molinos, calzadas y acueductos de perdurable fábrica, cuyas piedras suntuosas lucen aún, intimidando a los efímeros señoríos, o afloran a poco que se rasque la tierra. En un cerro, junto al riachuelo Marbella, cerca de Baena, se descubrieron, no ha muchos años, los restos de una villa romana –Iponuba– y entre ellos las estelas funerarias de dos andaluces de linaje patricio. Ello demostró que en el medio rural Roma había repartido los beneficios de la ciudadanía, incluso los del patriciado que antes fueron privilegio de las curias dirigentes de la ciudad de la Loba. Otro dato importante: el tipo étnico del actual andaluz, contra lo que se cree, no es predominantemente semítico, pese a los siete siglos de ocupación árabe. Produjose, sin duda, una conmixtión de sangres, pero los rasgos de la dura romanidad o, más exactamente, de la raza elaborada al incuarse Roma y los nativos andaluces, son los dominantes, sobre todo en el campo. Y quien conozca bien Andalucía habrá visto fijado para siempre en los admirables bustos del Museo de Mérida el semblante del andaluz común. Todo ello hace natural que a lo largo del ciclo romano aparezca la huella de Andalucía más característicamente que la de otras colonias. Y no de modo fortuito sino como un elemento necesario para la madurez de una civilización. Tres siglos antes de Jesucristo, un gaditano, Lucio Junio Moderato Columela, filósofo, astrónomo, naturalista insigne por su obra *Re rustica* y poeta que ha sido comparado posteriormente con Virgilio, abre la nómina de los ingenios andaluces. Séneca, el Retórico, autor de las *Controversias* y de las *Suasorias*, su hijo Lucio Anneo, el gran filósofo estoico, cumbre del saber de su tiempo, y Lucano, el agudo y brillante poeta de la *Farsalia*, inician el estilo de Córdoba, ungado de finas mieles.

El catolicismo empieza a instalarse sobre los escombros de Roma, y según el plan de ésta. La decadencia del Imperio se había acelerado al germinarse en sus vástagos romano y bizantino. Oleadas de bárbaros cubrían Europa, pero ya estaba operando la nueva fe y descomponiendo, con los mismos fermentos de saber político que caracterizaron a Roma, la naturaleza del invasor. Es singular que Andalucía, desde el primer momento, como se había hecho románica se convirtió en católica y, lo que es más importante, supo adoptar sin vacilación, en el laberinto teológico de los primeros tiempos, el dogma que había de resultar triunfante y constituir la Iglesia vaticana. Y corresponde a un andaluz, el cordobés Osio, desencadenar la primera Contrarreforma, contra los arrianos, que consideraban que el Verbo o Hijo de Dios no era igual o consustancial al Padre. De la solución de este problema dependía la subsistencia o no del politeísmo. Osio convierte al Emperador Constantino y en los concilios de Elvira y Nicea combate a Arrio y redacta las oraciones fundamentales de la Iglesia Católica, que todavía se rezan. En los tres siglos, desde principios del V a principios del VIII, que los godos afinan en España, se dedican esporádicamente a elaborar la institución monárquica, sin llegar a conseguir un Imperio. El español es alógeno al feudalismo y lo será siempre. Su Edad Media será de capitanes de fronteras, de artesanía en desarrollo, de pecheros en acción, de fueros y cartas pueblas. Cuando los árabes irrumpen y finiquitan el ciclo visigótico se encuentran con pueblos fatigados y con instituciones que demostraban, más que otra cosa, los últimos resultados de la cultura romana en el medio hispanogótico. ¿Qué han hecho los andaluces, entretanto? El silencio de los cronicones revela que ha existido una suerte de autonomía respecto al foco visigótico, situado más al norte, en Castilla, León, Aragón y Cataluña. Pero los andaluces siguen siendo singulares y universales. En el siglo VI, San Isidoro de Sevilla produce las *Etimologías*, que es

la suma del saber de aquella época. Su hermano, San Leandro, prosigue en los concilios la obra de Osio contra los arrianos. La lengua culta es el latín, pero el romance se está formando por precipitación de vocablos autóctonos, forasteros y cultos. El andaluz dispone de un idioma más flexible y más rico en voces porque ha sido helenizado y latinizado remotamente. Pronto ha de saber también escribir en aljamiado. Los caballeros de la Media Luna se acercan al galope.

Al ocuparnos, en términos generales, dada la índole esquemática de este trabajo, del Islam andaluz nos interesa resaltar que lo consideramos como una nueva corriente de civilización que, lejos de absorber, es absorbida por Andalucía. Aparte del elemento omeya y señorial y del sistema de cultura que los nuevos invasores traerán de Oriente, hay que tener en cuenta que también entra en Andalucía material bárbaro, de África. El cambio de cultura se producirá por ósmosis recíproca. Porque la profunda romanización y catolicidad de Andalucía influye tanto como es influida. Ahora fijemosnos en dos fechas: la de la batalla de Guadalete, en el año 711 y la de la toma de Granada por los Reyes Católicos, el 2 de enero de 1492. Entre ellas median nada menos que 781 años, es decir, los siglos de tensión, reacción y conciliación que pueda alcanzar la más ambiciosa cultura histórica, en un sentido hegeliano. Referida a tan larga estancia la palabra Reconquista, usada por los historiadores católicos resuma humorismo e insensatez. Es poco dialéctico olvidar que si las corrientes nórdicas de invasores, confluyendo a las orillas del Danubio, del Rhin y del Dniéper, contribuyeron a darle una cierta fisonomía a Europa, renovando su sangre, lo mismo hizo la gran corriente meridional agarena. Es el catolicismo, por espíritu de religión, el que deforma este incuestionable suceso histórico. En los monasterios de la Edad Media se labora como hormigas, dificultosamente, para organizar un sistema de civilización. Pero las naciones estaban por formar. Solo

las ciudades tenían cierta vida. El feudalismo y el bandidaje señoreaban doquiera. Muerta Roma, el Imperio de Carlomagno y de sus sucesores era un esqueleto descarnado. Antes de volver a la plenitud de los ideales clásicos, lo que empezó a lograrse en el Renacimiento, era preciso reunir los materiales perdidos, hollados por los bárbaros y rebuscados por los Padres de la Iglesia. El honor de esta empresa le cupo al Emirato de Córdoba. Cuando los bizarros historiadores españoles aludidos, sobre los del siglo XIX, se llenan la cabeza de cenizas porque Almanzor extendiera por toda la España medieval, salvo el rincón cántabro-asturiano, la civilización arabigoandaluza, repiten las lamentaciones de los oscurantistas al ver a Napoleón diseminando por Europa las ideas de la Enciclopedia que iban en los pliegues de la bandera de Austerlitz. Para esos historiadores el espíritu del Corán era fanático y sanguinario como si el de la Biblia no hubiera desencadenado las Cruzadas y las guerras de religión. La Contrarreforma llevaba implícito un pensamiento político, como el Islam un designio de cultura. Pero si el Emirato de Córdoba necesitara algo para caracterizarlo eminentemente, bastaría su tolerancia. Bajo los Abderramenes y Alhaquenes, en el periodo magnífico, coexistieron en Córdoba la aljama, la basílica y la sinagoga y los doctores de los tres credos contrastaban sus respectivas ciencias. El Islam andaluz, que puede estimarse seriamente como un primero Renacimiento, aportaba las artes más refinadas, la metafísica, la astronomía, la física, la navegación, la medicina y todos los primores de la artesanía, el apresto de los guadamecés y los cordobanes, la labra del oro, el repujado de la plata, el gusto a las especias y a los aromas, a las maderas preciosas, al marfil y a la seda. Introdujo también el culto a la poesía y a la higiene. La ilustración medieval no rebasaba las estrechas disciplinas del «trivium» y el «cuadrivium» y los escolásticos no hubieran ampliado sus recursos sin las obras de aquellos árabes



*Árbol de la vida*, relieve en mármol. Salón Rico de Medina Azahara.



y judíos andaluces, restauradores concienzudos de la cultura clásica que bien merecen una rápida ojeada. En el siglo XI, el andaluz Avenzoar, conceptuado el mejor médico después de Avicena, dedica a este sus obras; Salomón Ben Gabirol, judío malagueño, filósofo y poeta, escribe en árabe *La Fuente de la Vida* y traducida al latín constituye uno de los libros más leídos de aquel siglo. Aben Abderrabihi, poeta y cronista cordobés, lanza sus *Anales de Córdoba* y su *Libro del Collar* en el siglo X. También de este siglo es el famoso *Diwan*, del sevillano Aben Hani, poeta sevillano e historiador, uno de los mejores de la lírica árabe. Abenházam de Córdoba, es el máximo pensador del siglo X, con su *Físal*, historia de las ideas religiosas y de los cismas y conflictos de la fe. Pero antes, en el siglo IX, había brillado en Córdoba Aben Masarra, el gran filósofo neoplatónico. Sevilla posee en el siglo XI un excelente geógrafo, Abi el Fayyat, y Córdoba un maestro de la poesía amatoria, Aben Guzman. En Guadix profesa Aben Tofail, filósofo aristotélico y místico. Y en el siglo XIII tenemos a Aben Arabi, aunque murciano preparado en Córdoba, llamado el *Hijo de Platón*. Y sobresaliendo, junto a Aben Asma, continuadores de la Escuela de Alejandría, fuentes de los escolásticos, irradian su genio Averroes, el Aristóteles cordobés, que creía en una inteligencia común al género humano, distinta de la individual (con lo cual se anticipó a Hegel, que establecía una idea como alma y sustancia del devenir histórico) y Maimónides, tal vez el más profundo filósofo de la Edad Media, cuya *Guía de Perplejos* alimenta la psicología y la metafísica modernas. Para un señor Caveda, un señor Lista, estos claros varones representarían el principio del mal, pero no sería esa la opinión de Santo Tomás de Aquino o de Abelardo. Los mozárabes andaluces, entre los que destacaron San Álvaro y San Isidoro de Córdoba, por su convivencia con aquella ilustración, pudieron recogerla y cultivarla en sus monasterios y traspasarla a las abadías cistercienses y agustinas del

continente, donde monjes de espíritu circunflejo hicieron sus copias y miniaron sus exégesis, ayudando a la propagación de la cultura. Y a propósito de los monasterios mozárabes, entreveremos aquí otra anécdota andaluza. En Córdoba, un grupo de arqueólogos organizó una serie de excursiones por Sierra Morena para situar las ruinas de ciertos cenobios citados por San Álvaro. Pero uno de ellos, el Tebanense, no aparecía, como si el espeso monte de jara, tomillo y romero, quisiera poner a prueba la paciencia de los buscadores. Ello motivó animadas requisitorias y controversias y poniendo punto final a ellas desenfadadamente, un diario local publicó el siguiente anuncio, concitando contra él el odio sagrado de los arqueólogos: «Se ha perdido monasterio mozárabe. Se ruega a quien lo encuentre que se pase por esta Redacción y será generosamente gratificado».

Enemigos de estéril fantasía, no queremos incurrir en ese estilo de los exuberantes que inspiraron las *Orientales* de Víctor Hugo y Zorilla. Nos figuramos que la vida de Córdoba, Sevilla o Granada, bajo el Emirato sería encantadora. ¿Quién no ha oído hablar de la Alamiriya de Almanzor, Medina Azahara, la ciudad de las Flores, cuyo perímetro, largo de varias leguas y cuyas fustes y capiteles pregonan su grandeza? Los romances fronterizos expresan una vida caballescá y romántica, mucho más florida que la del ciclo carolingio. ¿Quién sería aquella «Mora Moraima, que se era morilla del bel cantar»? ¿Quién aquel Abenámár, que oye al Rey Don Juan ofrecer: «Si tu quisieses, Granada, contigo me casaría;/Daréte en arras y dote a Córdoba y Sevilla»...?

El Romancero morisco es un prodigioso tesoro de poesía dramática y erótica que sugiere el refinamiento y el riesgo de una época solo igualada por las ciudades italianas del Quatrocentos. La Córdoba de Abderramán III, como la Bagdad de Harem-Al-Raschil, es un lucero solitario en una noche tormentosa. España pierde su rusticidad bajo

la mano fina y fuerte del Islam andaluz, más español si se mide su duración y sus frutos que el periodo de colonización gótica. Va cuajando el lenguaje paladino, directamente beneficiado por el verbo de las medrazas, de los sabios y poetas árabes, judíos y mozárabes, que lógicamente habría alcanzado un alto grado de madurez para poder expresar las sutilezas metafísicas y las imágenes de las «kassidas». Cuando Fernando el Santo conquista Córdoba, impresionado por la majestad de aquella cultura, respeta su edificio capital, la Mezquita, y contra las críticas gárrulas hay que poner en el haber del catolicismo la conservación del maravilloso Bosque de Columnas, ya que de no haber erigido en el corazón del mismo una basílica, la intolerancia posterior hubiese arrasado el monumento. Lo mismo se puede decir de la Alhambra Nazarita y del Alcázar de Sevilla, salvados por su adaptación para alojamientos de los reyes castellanos.

Alfonso X el Sabio es el monarca que mejor percibe el espiritual fermento del Islam. Este rey comprende que no puede haber unidad política sin unidad de cultura y se pone a reunir todo el saber que su tiempo diera de sí: *Las Siete Partidas*, las *Tablas Alfonsinas*, la *Historia de España* y las *Cantigas*. Se sitúa en Sevilla, sitio donde el aire tenía efluvios de universalidad. En su tiempo, todavía el Islam hispánico y las juderías daban sus dones. Pero la hispanidad católica se mostraba enteca. La más vieja poesía castellana, sin autor, es el *Poema del Mío Cid*, que data del siglo XII, como el también anónimo *Misterio de los Reyes Magos*. El primer poeta en romance, del mismo tiempo, es Gonzalo de Berceo, que en versos de cuartana vía compone sus florilegios místicos. Las crónicas posteriores de Fernán Sánchez de Tovar, del canciller Juan Núñez de Villaizán, de Pero López de Ayala, los cronicones del Monje de Albelda, de don Alonso III, el Silense, el de Sampiro, el del Obispo de Tuy y el del arzobispo Don Rodrigo son torpes ensayos de historia, de lenguaje pobre y calendas



Capillas del trasaltar de la Mezquita-Catedral de Córdoba, obra de Hernán Ruiz el Viejo integrada en la arquitectura islámica.

dudosas. El Rey Sabio encomienda a sus copistas que exploren el saber del Islam y de los judíos. Y al contemplar el desbarajuste de España, consecuencia la crisis del Islam y de la cristalización dramática de la nacionalidad, derrama su llanto en *Crónica General*:

«Fincara toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, cumplida de apellido, huésped de estraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda y asolada de sus hijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llano y por lлага, fallecida de fortaleza, flaca de fuerzas, menguada de consorte, asolada de los suyos... Olvidados le son los sus cantares, el su lenguaje ya tornado es en ajeno y su palabra estraña».

Pero los árabes andaluces enseñaron otras cosas: el arte del riego, por ejemplo. Las mal aprovechadas cuencas de los ríos se llenaron de acequias, albitanas y atanores. El agua santa glosa todavía, melancólicamente, en las vegas de Granada, de Loja, de Murcia, de Valencia, de Alora, de Motril, la expulsión de los últimos moriscos.

¿Qué substratum espiritual ha quedado de aquel mundo linajudo, determinante, por reacción, de la España contemporánea? Ante todo la cualidad de lo universal, como una educación. La tendencia a las ideas generales y el amor a la naturaleza. Después, en lo individual, un cierto genio de la soledad y del ensimismamiento y un elegante estoicismo, condensados en la poética y en los cantares andaluces. Diríase, ante el modo de afectarse el andaluz a las emociones y a la fe, que en la base de su psicología hay una constante pagana. Maravilla que en Andalucía no se produzca nada vulgar. Todo tiene una jerarquía profunda y armoniosa. Una calle bajo el sol presenta una serie de gamas, de medios tonos sutiles, logrados por los encaladores para corregir la hiriente luz. Los patios tienen claridad y frescura de gruta. Una jarra de La Rambla define la última posibilidad de la arcilla en la



Rafael Botí, *El patio de la Fuensanta*, 1925. Fundación Provincial de Artes Plásticas Rafael Botí.

forma y en el uso, dándole agua más fina que el mismo manantial. Si divisáis un cortijo en la campiña se llega a la conclusión crítica de que aquella graciosa arquitectura al blanco absoluto, retocada por trazos azules y ocre, es lo que conviene exactamente al fondo ondulado de sembrados y de olivares. Le Corbussier se entusiasmó ante este hallazgo y fundó la moderna arquitectura funcional. Id a Écija, con sus torres, con su filigrana barroca en los edificios, y os asombraréis que se consiga tan magistral compuesto de gracia y solidez. Lo mismo ocurre con Úbeda, marmórea y clásica sobre sus lomas. Y con la tacita de plata, rodeada de espuma, que es Cádiz, y con la dulce Granada nazarita. El bueno de Washington Irving soñó cuanto era posible soñar bajo los arrayanes del Generalife y fue tan pura su evocación que sus relatos hicieron prosélitos en todo el mundo. Un día, de aquellos cárdenos de pólvora, el novelista Elias Erhemburg, autor, entre otras obras, de *Jules Jurenito* y *Callejones de Moscú*, nos conmovió contándonos en Barcelona que durante la revolución rusa tuvo ocasión de asistir a un guardia rojo herido. «¿Por qué peleas tú?», le preguntó. Y obtuvo esta bella respuesta: «Yo peleo para que tengan tierras las mujeres de Granada».

Tuvo necesariamente que ser Andalucía donde el descubrimiento de América se originase. Porque los andaluces no creían en la última Tule ni en el Mar Tenebroso. Más allá de su memoria siempre hubo una fábula de odiseos y argonautas, de hespérides y atlantes, que hicieron del periplo de Avieno y de las historias de Marco Polo cosas probables y normales. No se debe, pues, la fortuna de Colón a los Reyes Católicos, sino al excelente Padre Marchena y, sobre todo, a los ardidos Pinzones. Gracias a ellos, los andaluces podemos seguir hoy en este inmenso continente la huella de nuestros abuelos los navegantes y los colonizadores. Lo mismo ocurrió con la gigantesca empresa de Magallanes. Se quiera o no, el estilo de la mayor parte de las

ciudades y pueblecitos de Hispanoamérica y California es andaluz. Y son andaluzas muchas costumbres. Por eso se hace urgente un libro de analogías que reivindique la prodigiosa trasfusión. Hay que convenir en que los andaluces somos indiferentes a la política práctica, o dicho con mayor precisión, a la política de utilidad material. Así se explica que se oiga poco o nada por América el concepto de «colonia andaluza» y es que para nuestra alma universal rechaza esos aparellamientos en clientelas regionales. La soledad personal se reconoce en ese fuertecillo que asoma tras una reja, en el habla de esa vendedora de golosinas, en la disposición y en el color de un pueblecito florido y eso basta.

Nos tomaría más tiempo del que cuadra a esta exposición describir los valores de Andalucía más próximos a nosotros y actuales. Ya se irá haciendo específicamente. Nuestros ingenios, nuestros artistas aguardan. Cada nombre define un pequeño universo, una escuela, algo diferencial y fecundo. Si en los pintores, Velázquez, genuino espejo de un arte en desconcertante equilibrio; Murillo mirífico, el lacerante Valdés Leal, el didáctico Pablo de Céspedes, Palomino, el Bermejo. Si en la poética Juan de Mena, el satírico triste del *Labyrintho de Fortuna*, Góngora, burlador de conceptistas y lapidario de las imágenes, el romántico Duque de Rivas, el épico Herrera y sus higúmenos; Rodrigo Caro; Bécquer, alma angélica; Salvador Rueda, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y su fina tribu lírica, Villalón, Altolaguirre, Alberti, el serafín Federico, Cernuda, Aleixandre, Garfías, Rejano, Collantes de Terán, Emilio Prados... Si en la novela, Pedro Antonio de Alarcón, y el sutil autor de las *Ilusiones del Doctor Faustino*, de *Morsamor* y *Pepita Jiménez*, don Juan Valera. Si en la política, Cánovas. Si en la oratoria Castelar. Si en lo social, aquel corazón apostólico de Fermín Salvochea, cuya sombra todavía se proyecta sobre la gleba andaluza. Si en la poligrafía, el gran Ambrosio de



Morales, y Fernán Pérez de Oliva. Si en la música Manuel de Falla, los Halffter, Turina, Bacarisse, Ángel Barrios, Carlos Jiménez. Si en la arquitectura y en la estatuaria, el Miguel Ángel español, Alonso Cano, Pedro de Mena, Montañés, la Roldana... Nuestras viñas siguen dando zumo. Hoy el montón de cenizas se ha henchido con las de muchos oscuros mártires. Quizás la risa haya muerto y la soledad se ha hecho más profunda. Pero allí está la tierra con sus olivos y sus viñedos. Los rostros de las vírgenes de las iglesias se habrán vuelto más humanos. ¿Qué nos reclaman las voces lejanas? Seguir fieles a nuestro gracioso espíritu. Que de lo hondo de nuestro ser surja, mandato de vivos y muertos, este laude:

ANDALUCÍA NUESTRA,  
QUE ESTÁS EN LA TIERRA...

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTAS:  
Alfred Guesdon, *Córdoba. Vista tomada desde  
encima del Guadalquivir* (detalle), hacia 1855.



Edita  
GRUPO CULTURAL AMADOR DE LOS RÍOS  
[www.amadordelosrios.org](http://www.amadordelosrios.org)  
[www.facebook.com/grupoamadordelosrios](https://www.facebook.com/grupoamadordelosrios)

© del texto  
SUCESORES DE FERNANDO VÁZQUEZ OCAÑA

Impresión  
GRÁFICAS CAÑETE



